Probabilidad de un solo mundo

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Es totalmente consistente el enfoque de las Naciones Unidas al problema de la unificación del mundo? El ideal proclamado es un franco intercambio de los problemas internacionales y un esfuerzo concertado para hallar soluciones a fin de evitar las guerras. La lógica pone de manifiesto que, para alcanzar tal fin, las naciones asociadas deben mostrar voluntad de hacer concesiones y sacrificios, al igual que hacerse sus mutuas demandas. No obstante, el presente acercamiento diplomático no puede lograr otra cosa que hacer, eventualmente, que las Naciones Unidas lleguen a la impotencia de la anterior Liga de las Naciones.

Los representantes de las distintas naciones entran a cada conferencia de las Naciones Unidas con una tremenda desventaja impuesta sobre ellos por sus respectivos gobiernos. Participan bajo la firme insistencia de sus superiores de que las tradiciones nacionalistas deben permanecer intactas. Sus costumbres particulares y sus ideales, con todas sus ramas culturales y raigambres, y a menudo sus prejuicios han de preservarse. En efecto, esto significa que están obligados a resistir cualquier intento de minoración de sus colonias, su supremacía imperialista, su monopolio económico o su actual balance de poder.

La actitud prevaleciente es la de tratar de disminuir la amenaza sobre su posición presente y, en concomitancia, ganar cualquier posible ventaja individual. El resultado de esto es la constante maniobra por una coalición que proporcione bloques de presión, por medio de lo cual podría exigirse beneficios individuales a la oposición. Cándidamente, hay demasiado interés por el bienestar de las naciones particulares, como tales, y menos interés por un objetivo que pudiera compartir el mundo, beneficiándose.

Constantemente nos impresiona el hecho de que el triunfo, en cada reunión de los grandes poderes, sólo significa que un bando ha arrojado momentáneamente al otro fuera de equilibrio mediante una estrategia diplomática. Se espera ganar tiempo con tales movimientos para poder adquirir el dominio militar e intimidar a la oposición. Ciertamente esto no puede traer como resultado que la gente llegue a estar unida en un mismo acuerdo. Sólo señala más el hecho de que en vez de existir numerosas naciones guerreando individualmente unas con otras, ganando control de sus vecinos por medios económicos, se han unido éstas con tal fin en bandos competidores.

Puede decirse que los poderes occidentales no buscan conquista por medio de la agresión, que sus maniobras diplomáticas en las Naciones Unidas son para impedir, por coalición, la agresión de la esfera comunista Oriental. Aún si esto se lograra, no es suficiente. A lo sumo es sólo un recurso temporal. Puede que impida una guerra inmediata, pero no un serio conflicto eventual. Hay mucho en las prácticas y aún en los ideales de las naciones de Occidente que es obsoleto y corrupto. Simplemente sobrevivir, o prevenir la guerra con el comunismo no es bastante.

Una rectitud nacionalista autoimpuesta sólo tiende a perpetuar los malos hábitos tradicionales, de los cuales resultan elementos tales como los que tuvo que afrontar Holanda en las Indias Holandesas Orientales; que Bretaña confronta ahora en Malaka, y en el pasado en India; y Francia, en Indochina. La función de Occidente, al presente, no constituye sino una *federación* contra un enemigo común. La Historia ha demostrado que a menudo los miembros de tales federaciones si salen victoriosos, levantan sus manos unos contra otros al removerse la presión externa.

No sucederá en nuestro tiempo

Podemos ser realistas, pero, al hacerlo, nos enfrentamos a una perspectiva desagradable para el futuro. Primero, no veremos en nuestra generación naciones despojándose de un nacionalismo concentrado en sí mismo, que engendra rivalidad y odio. No veremos, en la vida de los que ahora existen, una común y voluntaria concentración de recursos de las naciones para ser administrados por representantes del gobierno de un mundo único.

Aún prevalece demasiado la idea entre la gente, que de algún modo sus respectivas naciones mantendrán su *status quo* sin llegar a un conflicto mundial, a pesar de su desatinada marcha. Si el principio filosófico de la sociedad en general es que cada individuo debe sacrificar algunas de sus prerrogativas como ser humano a fin de crear un poder central, el estado, que sea superior a cualquier individuo y beneficioso a todos, entonces, por el mismo razonamiento, los estados o naciones deben también hacer lo mismo. Deben sacrificar algo de sí mismos para crear el gobierno de un solo mundo.

Actualmente, el patriotismo se ha confinado a las limitaciones del nacionalismo. No ha tomado proporciones internacionales. El individuo, por costumbre o por creencia, piensa que su forma de vida sólo radica dentro de la estructura tradicional de su nación. Ya sea por ventaja egoísta o por orgullo, no permitirá a su país hacer aquellos ajustes que realmente constituyen la base para un solo estado mundial. Es de lamentarse que la humanidad no esté espiritualmente preparada mediante una visión interna colectiva o mediante una autodisciplina individual para restringir la codicia personal, con el objeto de establecer los cimientos sobre los cuales pueda afianzarse sin conflictos amargos una paz duradera.

Una tercera esfera

¿No hay, entonces, esperanza de un solo mundo, libre de siglos de evolución gradual de la consciencia social, por lo cual los hombres lleguen algún día a ver las cosas del mismo modo? Por doquiera hay señales de que *actualmente estamos* en las primeras etapas de la formación de un estado mundial. Infortunadamente, sin embargo, la creación de este estado debe pasar primero por el período crucial de la guerra. Los hombres podrían actuar de otro modo, pero no lo hacen. Como tuve ocasión de decir hace varios años, el primer desarrollo sería una división en dos vastas esferas de influencia, que llamaremos *Oriente* y *Occidente.* Las Naciones individuales elegirían bandos.

Algunas son sinceras al dar apoyo a un bando creyendo que su ideología es la más iluminadora o justa. Otras, no obstante, se dan cuenta de su propia debilidad y buscan coalición con el lado que creen que pueda eventualmente garantizarles la continuación de sus propias normas económicas y políticas. Tales naciones como éstas últimas son oportunistas y poco dignas de confianza, como ambos, Oriente y Occidente, bien pueden saberlo por experiencia.

La posibilidad de un acuerdo, como muchos esperan, entre estas dos esferas de influencia diametralmente opuestas, es un deseo fútil. Las diferencias que existen entre ellas están radicadas no sólo en teorías políticas sino en *religión, filosofía social,* y en *normas de vida.* Es absurdo imaginar que los gobiernos y la gente de una u otra esfera, Oriente u Occidente, se despojarán de su ambición. Aún cuando cada una, de buena fe accediera a no usar agresión militar, la avaricia económica las colocaría eventualmente en conflicto. El hecho mismo de que ambas no se amalgamaran y prefirieran quedar como dos esferas separadas, sería indicación lógica de que cada una consideraba sus modos y normas superiores.

Cada una conceptuaría entonces como insuperables sus actividades. Ninguna toleraría el control monopolizador, por parte de la otra, de los recursos que fueran necesarios a su crecimiento interno. Además, tal crecimiento interno para ambas partes forzaría su expansión económica. Siendo como es la consciencia moral y espiritual de la gente en general, no restringirían ellas su crecimiento interno por falta de recursos. Procederían a arrogarse para sí lo que necesitaran, aún cuando esto hubiera sido originalmente aceptado como derecho de la esfera opuesta de influencia. La rivalidad, resultante en conflicto entre Oriente y Occidente, sería ineludible. Si una tercera esfera, superior en poder a las otras dos, y con un sentido exaltado de justicia pudiera funcionar como un cuerpo judicial y policial, el conflicto podría prevenirse con su intervención. *Pero tal tercera esfera no existe.*

El Oriente puede predominar de nuevo

Aventuro la opinión de que, antes de la unificación final en un solo estado, el mundo experimentará de nuevo el resurgimiento y regencia del Oriente. Esto, aún cuando pueda horrorizar a alguna gente, sólo sería una repetición de pasados eventos. Egipto dominó en un tiempo el Oriente. Fue el gran poder y civilización del mundo por muchos siglos. Poseía artes avanzadas, ciencias, arquitectura, religión y doctrinas filosóficas cuando Occidente, aún lo que ahora es Grecia, estaba en la Edad de Piedra. Dio triunfos a Occidente como una herencia. Después, el Oriente en determinada ocasión condujo al mundo en la civilización y en varias otras ocasiones casi llegó a ser de nuevo la sede del poder.

Por el año 1.100 A.C. el poderío de los mares se había trasladado de Egipto a Fenicia. Los fenicios se extendieron a lo largo del Mediterráneo, rumbo al Oeste, hasta Gibraltar. Por aproximadamente tres siglos después del año 1.000 A.C., fueron ellos los más grandes comerciantes, y dondequiera que establecieron centros comerciales introdujeron su cultura entre los bárbaros

del Oeste. Ellos eran los artesanos más diestros de su tiempo. Salomón mismo ocupó artesanos fenicios y egipcios para edificar un templo hebreo en Jerusalén (I Reyes, V). Uno de los más grandes regalos hechos a Europa por los fenicios fue su primer alfabeto compuesto de veintidós letras, derivado de los jeroglíficos egipcios.

Durante las Guerras Púnicas, particularmente la segunda, o guerra Anibalina, en el tercer siglo A.C., llamada así en honor al gran general cartaginés (Aníbal), Roma y el Occidente casi sucumbieron al Oriente. Roma y Cartago eran grandes rivales comerciales. Cartago en América del Norte, cuya capital estaba situada donde ahora es Túnez, fue un centro de vasta cultura y de poder. Entre los cartagineses "corría la sangre de aquellos intrépidos marineros del desierto de Arabia, los caravaneros semitas que habían hecho de los mercados de Babilonia el centro del antiguo tráfico oriental dos mil años antes de que Roma hubiera poseído un barco." Ellos controlaban grandes reservas de plata en lo que hoy es España.

Así también dominaban la importación de estaño que venía de Gibraltar desde lejanas islas que ahora se conocen como Inglaterra. Más allá de la capital se extendían vastas y hermosas fincas trabajadas principalmente por esclavos, tal como en Roma. Su gobierno era una oligarquía de ricos comerciantes, quienes, según cuenta la historia, eran enérgicos y también hábiles hombres de estado. El estado creció "excediendo muchísimo en poder a cualquier estado griego, incluyendo Atenas."

La brillante campaña de Aníbal cuando condujo un gran ejército de hombres y de elefantes a lo largo de la costa oriental de España y finalmente a través de los pasajes nevados de los Alpes para atacar a Roma desde la retaguardia, casi le dio dominio del occidente y del mundo. Si hubiera triunfado, ¿hubiera sido peor el mundo?. En el séptimo siglo, A.D., Bagdad fue "la mejor ciudad del Oriente y una de las más espléndidas del mundo." El arte, la filosofía y las ciencias reinaban allí en supremacía. Era la meca para todos los que buscaban el conocimiento. Los califas extendieron su poder y su cultura a la India.

También se extendían hacia el occidente estos cultos mahometanos por la costa africana del Mediterráneo, tal como los fenicios lo habían hecho antes, yéndose con ellos su saber. Sólo dos generaciones después de la muerte de Mahoma, los árabes cruzaron desde África hasta España (711 A.D.). De allí pasaron a Francia y, en otras palabras, dominaron el Mediterráneo. Fue Charles Martel, y su ejército formado por los francos, quien finalmente derrotó a los árabes en la batalla de Turs (732 A.D.).

No obstante, los musulmanes del Oriente dejaron en España un impacto perdurable de su cultura "que en mucho excedió en aquel tiempo a la de los francos", o *la de Occidente.* Mientras Europa se hundía en la decadencia e ignorancia de la Edad Media, los musulmanes absorbían la ciencia y literatura sobrevivientes de los griegos. ¡Aquellas que Justiniano, Emperador Cristiano de Roma, había condenado como paganas dos siglos antes! Los musulmanes tenían muchísimo más conocimiento de las ciencias de astronomía, matemáticas, gramática, y de filosofía que los cristianos supersticiosos y generalmente ignorantes de Europa. Por consiguiente, una

vez más Oriente y Occidente se enfrentaron como rivales por el poderío del mundo. De nuevo, también, debemos preguntar: ¿Se hubiera empeorado el mundo por la supremacía del Oriente en esa época?

La moderna decadencia moral

La presente cultura y supremacía de Occidente ha existido durante un período más corto que el del Imperio Romano y mucho menos aún de lo que duró el dominio de Egipto. Ha adelantado el conocimiento pero, a la vez, se ha debilitado seriamente a sí misma por haber fracasado en conseguir que la iluminación moral marchara al mismo ritmo que sus logros materiales. Sus devastadoras guerras han traído la decadencia moral y una disminución del entusiasmo, especialmente en Europa, que ha sufrido el desastre de tales holocaustos.

Su conocimiento se ha desviado por canales de poder temporal y de placeres físicos que se han hecho aparecer como el bien social fundamental. Sus ideales de democracia han disminuido su eficacia por una indiferente inculcación de rivalidad entre las clases. Esto ha resultado en el engendro de ideologías políticas radicales, a menudo irracionales y peligrosas, que dominaron las masas de los menos privilegiados. También la cristiandad, con su fanatismo y rivalidad denominativos, causó odios que a menudo alentaron guerras.

Los historiadores del futuro muy bien podrán decir que Occidente se encontró "en la encrucijada de su decadencia a mediados del siglo veinte". Occidente alcanzó un tremendo poder como lo había tenido Roma, y luego permitió que se degenerara en diversos aspectos. Los Estados Unidos de América, en sus ciento setenta y cuatro años de existencia, han obtenido prominencia como una *nova* o nueva estrella que de pronto fulgura en los cielos, cuya brillantez por algún tiempo deslumbra lo demás. Esto se debió al hecho de que los Estados Unidos llegaron a ser como el puerto de salvación, un mundo nuevo, por decirlo así, para los amantes de la libertad y con frecuencia para muchos refugiados intelectuales de Europa. Hubo el intento en América, aunque no siempre consciente, de perseguir el elevado propósito que el Viejo Mundo tuvo una vez y el cual iba desapareciendo.

Ahora, en efecto, los Estados Unidos permanecen solos en el intento de contrarrestar esta decadencia de Occidente. Otras naciones de la esfera occidental están demasiado pobres económicamente y *en espíritu,* para dar por más tiempo el verdadero apoyo necesario. Además, existe la duda, no exteriorizada en la Europa occidental, de que el Oeste pueda, y quiera, conservarse supremo. Si Occidente sucumbe ante el Oriente, ¿significaría eso, necesariamente, la supremacía del comunismo sobre el mundo? *No, por cierto.*

Un choque final entre Oriente y Occidente traería la disolución, como un impacto político, de la ideología comunista según se experimenta ahora. Sus faltas serían tan manifiestas ante muchos de los que ahora la sostienen, como son los errores del Oeste. El desastre común, como resultado de la Tercera Guerra Mundial, forzaría una unidad trabajadora de todas las

gentes, de todas las naciones o de lo que de ellas quede para la supervivencia de la civilización.

Civilización como nueva orientación

Después de tal guerra, no habría ningún vencedor verdadero. El Centro del poder futuro y de la cultura bien podría establecerse en Asia. Es muy posible que las masas de las gentes en el Oriente llegaran a rebajar las normas de la civilización occidental (que una tercera guerra hubiera de cualquier modo destrozado) pero al mismo tiempo darían a Occidente ímpetu mediante una participación más directa en sus asuntos.

Cuando Roma, como resultado de su decadencia, sucumbió, los bárbaros del Norte le dieron la fuerza de la simplicidad de su vida y una nueva orientación.
A su vez, el Este fue acondicionado e *influenciado* por la cultura encontró en Roma. Del amalgamiento vino una nueva civilización.

El hombre aprende más, aparentemente, cuando pasa por el crisol del sufrimiento. Por tal proceso químico, es purificado de aquellos elementos groseros que sumergen la verdadera esencia de su naturaleza. Puede ser que la desintegración final de las dos esferas de influencia, a través de las llamas de la guerra, produzca aquel refinamiento por el cual la raza humana logre al fin alcanzar la quintaesencia de la "paz que adviene por la comprensión".